

gen, floreció en la época misma de los apóstoles y de la Madre de Dios. Era obispo de Antioquía, ciudad de la Siria, en que había grande afluencia de judíos y cristianos, y el templo en que los nuevos fieles seguían con una veneración profunda las huellas del Hijo de Dios y de su divina Madre, subsistía aún en todo su esplendor. Esta tradición, que venía de la Iglesia de Jerusalén, Iglesia que se componía, además de los discípulos de Jesucristo, de una multitud de parientes de la Virgen y de San José, fué consagrada desde un principio por un monumento religioso, prueba demostrativa á los ojos de los mismos protestantes (36). En fin, la mayor parte de los padres (37), y en particular San Gerónimo, que vivía en medio de los lugares de la redención, y cuando las tradiciones estaban todavía recientes, la han referido y tenido por verdadera. Púedese, pues, colocar esta creencia tradicional, en el número de los hechos históricos mejor comprobados.



## LIBRO V.

### María en el templo.

DENTRO del recinto fortificado del templo, en el sitio en que los cristianos de Jerusalén levantaron un oratorio, que los compañeros de armas de Godofredo convirtieron después bajo la invocación de Santa María, en una iglesia de dorada cúpula (1), y que los valientes caballeros del *Temple* se complacieron con frecuencia en adornar con los despojos de los sarracenos, elevábase la parte del edificio religioso, que estaba destina-

da á las vírgenes consagradas al Señor: allí fué donde Zacarias condujo á su jóven parienta (2).

Aunque la virginidad no fuese en Israel mas que la virtud de una época de la vida, que debía bien pronto ceder su lugar á las virtudes conyugales, no carecia, sin embargo, de prerogativas y honores. Jehová preferia las oraciones de los niños castos y de las vírgenes puras, y así es que para la redencion del linage humano, escogió una virgen y no una reina.

Así tambien, cuando los profetas de Judá desplegaban á la vista del pueblo escogido, pero con frecuencia castigado, el profético cuadro de sus miserias ó de sus victorias, escogian siempre una virgen risueña ó llorosa, que personificaba las provincias y las ciudades. En las guerras de exterminio, en que la poderosa espada de los hebreos se cebaba en las mugeres, los niños y los ancianos de Moab, las vírgenes eran respetadas, y el soberano sacrificador, á quien una ley severa prohibia tributar los deberes fúnebres al amigo que *amaba como á su alma*, y hasta á los príncipes de su pueblo, podia asistir, sin faltar, á los funerales de su hermana, que hubiese fallecido virgen (3).

Las vírgenes ó *almas* figuraban en las ceremonias del culto hebreo, antes que aquel culto hubiese tenido un templo. Nosotros las vemos bajo la guia de Maria, hermana de Moises, celebrar con danzas y cánticos de triunfo el paso del mar Rojo (4). Esos coros danzantes de doncellas, trasladados desde el Egipto al desierto, se conservaron largo tiempo entre los hebreos. Las vírgenes de Silo, que parecen haber sido desde el tiempo de los jueces consagradas mas particularmente al servicio de Adonai que las demas doncellas de Israel, bailaban al eco de los cánticos y al tañido de las arpas, á poca distancia del lugar santo, durante una fiesta del Señor, cuando fueron arrebatadas por los benjamitas. Este grave suceso no hizo cesar este uso, que continuó hasta la época desastrosa en que se perdió el arca y fué destruido el primer templo (5).

Todas las *almas* eran admitidas probablemente en estos coros sagrados, cuando su reputacion no tenia la menor mancha; pe-

ro distinguiese entre la multitud una porcion escogida, que se agrupaba al rededor del altar con mas fervor y perseverancia. Mientras que el arca del Señor estaba aún acampada bajo las tiendas, *las mugeres que velaban y oraban á la puerta del tabernáculo*, ofrecieron á Dios los espejos de bronce que habian sacado de Egipto. Eran sin duda viudas piadosas que habian rehusado contraer nuevos lazos, para ocuparse con mas dedicacion de las cosas del cielo, y *almas* consagradas por sus padres al servicio del santuario, y colocadas bajo la égida de aquellas justas mugeres. San Gerónimo entiende así este pasaje del Exodo.

Como el voto ú ofrecimiento de los padres era ordinariamente redimible, y la redencion estaba fijada en una suma módica (6), se hacia ésta casi siempre al cabo de un corto número de años (7), y llamábanse esos votos temporales, *un préstamo hecho al Señor* (8). *Lo he prestado al Señor*, decia Ana conduciendo á Silo su tierno Samuel (9).

Despues del regreso de la cautividad, la influencia de los persas, que desterraban las mugeres de sus solemnidades religiosas (10), se extendió á la institucion de las *almas*. Desde entonces cesaron de formar, en cierto modo, un cuerpo en el Estado, y de figurar ostensiblemente en las ceremonias del culto. Bajo el reinado de los pontífices reyes, ellas vivian encerradas, y pasaban sus dias en un retiro tan profundo, que cuando corrieron despavoridas en busca del gran sacerdote Onias, en el momento en que el atentado sacrilego de Heliodoro puso en alarma á toda Jerusalem, los historiadores judios encontraron este hecho tan extraordinario y singular, que lo consignaron en sus anales (11).

Habia, pues, por mas que se haya dicho, vírgenes dedicadas al servicio del segundo templo, en la época de la presentacion de Maria: acreditando las instituciones de los primeros cristianos (12), y afirmando San Ambrosio, San Gerónimo, y antes de ellos, el proto-evangelista Santiago. Pero ¿qué es lo que sucedió durante la permanencia de la Virgen en el templo? ¿Cuán-

les fueron en esta época interesante de su vida sus ocupaciones, sus gustos, sus inclinaciones, sus prácticas de devoción? Pocos documentos auténticos nos quedan á este respecto. Una vida tradicional de la Madre de Dios, que San Epifanio (que vivía en 390) miraba ya como muy antigua, se ocupaba sin duda de estos pormenores; pero se ha perdido. El evangelio de la infancia de la Virgen ha sido desechado por la Iglesia, y San Gerónimo, que nos asegura la admisión de María entre las hijas del Señor, casi limita á esto sus indicaciones. Para llenar este vacío de una historia, que Dios parece haberse complacido en rodear de nubes, solo tenemos algunas líneas indecisas, algunos pasajes truncados de los Padres, con los cuales es muy difícil, aun coordinándolos con todo cuidado, formar un bosquejo satisfactorio. No importa: á semejanza del obrero indiano, que va uniendo uno á uno los hilos de una tela cortada, y que ensaya con paciencia juntar otra vez los cabos, deshilando, anudando y dejando correr la lanzadera con infinitas precauciones por toda la extensión de esa trama delicada y fácil de romper, vamos nosotros á ocuparnos de ese trabajo, y reunir los trozos dispersos de la preciosa tela de la vida de la Virgen, á fin de enlazar otra vez su contestura, si posible fuere. Con la paciencia perseverante del Banian, huiremos de ofrecer suposiciones dudosas, pues nuestro profundo respeto hácia el tema que nos hemos propuesto, nos lo impide, y daremos, con el auxilio de las mejores autoridades y de un largo estudio de las costumbres de los hebreos, la idea mas precisa y la mas inmediata posible de la verdad de la vida casi claustral de María en el templo.

Antiguas leyendas se han complacido en rodear de una multitud de prodigios la primera infancia de la Virgen: nosotros pasamos en silencio esos hechos maravillosos, que no están suficientemente probados; pero debemos combatir una asercion inexacta, ó por mejor decir, inadmisible, que ha sido adoptada sencillamente y sin exámen por santos personajes y escritores piadosos (13). De que la Virgen haya sido la misma santidad, lo que nadie niega, se ha deducido que debió ser colocada en la

parte más santificada del templo, es decir, en el SANTO DE LOS SANTOS, lo cual es de todo punto falso. EL SANTO DE LOS SANTOS, ese impenetrable santuario del Dios de los ejércitos, estaba cerrado á todo sacerdote hebreo, á excepción del gran pontífice, que no penetraba en él mas que una vez al año, despues de numerosos ayunos, vigalias y purificaciones. Además, aun entonces mismo no se presentaba allí, sino rodeado de una espesa nube de perfumes, que se interponía entre él y la Divinidad, que *ningun mortal puede mirar sin morir*, dice la Escritura; en fin, no permanecía en él mas que algunos minutos, durante los cuales, el pueblo arrodillado y con el rostro inclinado al suelo, se deshacia en sollozos, temiendo que el sumo Sacerdote pudiese encontrar la muerte. El mismo daba despues un gran banquete á sus amigos, para congratularse con ellos de haber escapado de un peligro tan inminente como terrible (14).

Júzguese, pues, segun esto, si es posible que María haya sido criada en el SANTO DE LOS SANTOS.

Las tradiciones locales de Jerusalem protestan con no menos fuerza que el sentido comun contra esta opinion aventurada: la *Sakra*, que fué en sus principios una iglesia cristiana edificada en el lugar en que estaba el aposento de la Virgen, es una dependencia separada de la mezquita de Omar, y no está incluida en este edificio; sin embargo, la mezquita de Omar está construida sobre el mismo solar del templo.

El padre Croisset, en sus *Ejercicios de piedad*, no ha adoptado esta tradicion; pero no queriendo desecharla enteramente, ha ensayado una especie de conciliación. Segun él, la Madre de Dios no fué criada en el SANTO DE LOS SANTOS; pero los sacerdotes, prendados de sus admirables virtudes, le permitieron que fuese á orar allí de tiempo en tiempo. El sábio jesuita ha olvidado muchas particularidades al adoptar este *mezzo término*. La primera, que la muger entre los hebreos era un ser reputado por impuro, semejante al esclavo, y cuya oracion era apenas obligatoria (15); que se la relegaba á un atrio del que no podia pasar, y que el interior del templo era un lugar que le estaba

vedado, aun cuando hubiese sido profetisa ó hija de un rey: la segunda, que los sacerdotes no podían conceder á María un privilegio que ellos mismos no gozaban, y que por otra parte, segun el texto formal de la ley, hubiera sido exponerla á una muerte cierta (16): finalmente, que aun prescindiendo de esos temores religiosos entre los sacerdotes de Jehová, no hubieran permitido en manera alguna que nadie penetrase en el SANTO DE LOS SANTOS, pues les importaba ocultar al pueblo la desaparicion del arca, perdida desde el tiempo de Jeremías en alguna oscura gruta de las montañas de la Judea (17).

Esta segunda version, pues, ó interpretacion, no es mas admisible que la primera.

La educacion que María recibió en el templo fué tan esmerada, como lo permitian los conocimientos de la época y las costumbres de los hebreos; concretóse principalmente á las labores domésticas, de que no se dispensaban la misma muger y la hija de César Augusto en su imperial palacio y en medio de las delicias de Roma (18). Nutrida en la estricta observancia de las leyes de Moises, y conformándose á las costumbres de su pueblo, María se levantaba al canto de los pájaros, en la hora en que los malos ángeles emudecen, y en que las oraciones son acogidas mas favorablemente (19). Vestía con extrema decencia por respeto á la gloria de Dios, que lo penetra todo y que ve las acciones del hombre aun en medio de la noche mas sombría: al mismo tiempo daba gracias al Señor de haber añadido un dia á sus dias, y de haberla preservado, durante su sueño, de las tentaciones del espíritu maligno (20). Su compostura ni era larga, ni tenia nada de afectada: ella no llevaba ni brazaletes de perlas, ni cadenillas de oro engastadas de plata, ni túnicas de púrpura como las hijas de los príncipes de su raza. Un vestido color de jacinto, de visos bellos, suaves y aterciopelados, á semejanza de los de esa flor de los campos; una túnica blanca, apretada con un ceñidor con puntas flotantes; un largo velo cuyos pliegues arreglados sin artificio, pero con gracia, se confundían de tal manera que podían cubrir pronta y completamente

el rostro; en fin, un calzado correspondiente al vestido, componia el traje oriental de María (21).

Despues de las abluciones de costumbre, la Virgen, sus compañeras y unas piadosas mugeres que eran responsables á Dios y á los sacerdotes de tan precioso depósito, se encaminaban hácia la tribuna rodeada de balcones (22), donde las *almas* se sentaban en el puesto de honor (23). El sol comenzaba á dorar con sus nacientes rayos las montañas lejanas de la Arabia; el águila se cernia en las nubes; el sacrificio humeaba sobre el altar al sonido de las trompetas matinales, y María, con la cabeza inclinada bajo su velo, repetia con fervor las diez y ocho oraciones de Esdras, y pedia á Dios con todo Israel aquel Cristo tantas veces prometido á la tierra, y cuya venida era tan lenta.

“¡O Dios! Que vuestro nombre sea glorificado y santificado “en este mundo, que vos habeis creado por vuestra sola voluntad; *haced reinar vuestro reino*; que la redencion florezca, y “que el Mesias venga prontamente (24).”

Y el pueblo respondia en coro: *¡Amen! ¡amen!* Cantábanse en seguida los últimos versículos del bello salmo, atribuido á los profetas Ageo y Zacarías.

“El Señor liberta á los que están encadenados: el Señor ilumina á los que están ciegos.”

“El Señor ensalza á los humildes: el Señor ama á los que “son justos.”

“El Señor guarda á los extrangeros: El tomará bajo su protección al huérfano y á la viuda, y destruirá la senda de los “pecadores.”

“El Señor reinará por los siglos de los siglos: tu Dios, ó “Sion, reinará en todos los linages (25).”

La lectura de la *Schema* (26) y la bendicion del sacerdote, terminaban esta oracion pública que se renovaba todos los dias por mañana y tarde (27).

Despues de haber cumplido con indecible fervor este primer deber religioso, María y sus jóvenes compañeras volvian á sus ocupaciones habituales: unas hacian dar vueltas en sus ágiles

dedos á los husos de cedro ó ithel (28); otras matizaban la púrpura, el jacinto y el oro sobre los velos del templo ó en los ricos cinturones de los sacerdotes, mientras que algunas otras, inclinadas sobre un telar sidonio, se aplicaban á ejecutar los variados dibujos de esos magníficos tapices, que valieron los elogios de todo Israel á la muger fuerte, y que el mismo Homero ha celebrado (29). La Virgen se aventajaba á todas las muchachas de su pueblo en esas hermosas obras tan apreciadas de los antiguos. San Epifanio nos dice que ella se distinguía en el bordado y en el arte de trabajar sobre lana, biso y oro (30).

El proto-evangelio de Santiago nos la muestra sentada delante de un copo de lana teñida de púrpura, que se agitaba suavemente entre sus ligeras manos, cual la hoja movable del álamo blanco (31); los cristianos de Oriente han perpetuado la opinion tradicional de su habilidad sin igual para hilar el lino de Pelusa (32), llamando *hilo de la Virgen* esas randas brillantes de una blancura sin rival y de un tejido casi vaporoso que se observan en el fondo de los valles durante las húmedas mañanas del otoño. Para recordar estas ocupaciones, que no desdeñó la Reina de los ángeles, las graves y puras esposas de los primeros fieles en el momento de doblar su cabeza al yugo del himeneo, vinieron por largo tiempo á deponer sobre el altar de la Santa Virgen una ruca ceñida de cintillas de púrpura y cargada de una lana sin mancha (33).

La Iglesia de Jerusalem habia consagrado desde un principio este recuerdo, colocando en el número de sus tesoros los sencillos husos de Maria.

En medio de esta vida religiosa y ocupada, la Virgen hallaba momentos para el cultivo de las ciencias, y su espíritu brillante y justo se desarrollaba rápidamente como una hermosa palmera, cuyas raíces baña un torrente. San Ambrosio la atribuye una perfecta inteligencia de los libros sagrados, y San Anselmo pretende que ella poseyó á fondo ese viejo hebreo, la lengua del paraíso terrestre (34), en la que Dios trazó con su dedo poderoso sobre *pedras preciosas muy sólidas* (35) los diez

preceptos del Decálogo. Sea que Maria estudiando el idioma de Ana y de Débora se hubiese iniciado durante sus veladas solitarias en las sublimes concepciones de los profetas de Israel, sea que hubiese recibido del espíritu santificador, que tan ricamente la habia dotado, un soplo de inspiracion poética semejante á las brisas armoniosas que rozaban el arpa cólica del rey David (36), jamas podrá rehusarse á la jóven profetisa que dotó á la nueva ley de su mas bello cántico, el haber conocido las mas suaves y sublimes inspiraciones del genio.

Efectivamente, la muger que compuso el *Magnificat*, no era una jóven que pertenecia al pueblo ignorante, como han querido suponer algunos autores protestantes. La Virgen, á una santidad sin igual, reunia talentos del orden mas elevado. Sin embargo, esta parte brillante de su retrato ha sido apenas conocida; tan hábil era su angelical modestia en encubrirarla. Conociendo los delicados deberes y verdaderos intereses de su sexo, huía el brillo con cuidado sumo, y pasaba sin hacer ruido ninguno, á la manera de esas estrellas silenciosas que siguen su curso á través de las nubes. Los ricos tesoros de su espíritu y de su corazon no fueron revelados á la tierra sino imperfectamente: aquellas dotes eran como las rosas de Yemen, que la jóven árabe esconde bajo su velo y cuyo dulce perfume se deja apenas percibir.

Un poeta antiguo decia servilmente á Augusto, que el solo era la obra de muchos siglos, y que desde los primeros dias de la creacion toda la industria de la naturaleza se habia puesto en movimiento para producirle. Lo que era una hipérbole exagerada hasta el absurdo hablando del sanguinario sobrino de Julio César, se convierte en una verdad demostrada cuando se aplica á la Virgen. En efecto, Maria es la obra maestra de la naturaleza, la flor de las generaciones antiguas y la maravilla de los siglos. Jamas habia visto la tierra, jamas verá tantas perfecciones reunidas en una simple hija de los hombres. Todo era gracia, santidad y grandeza en esta bienaventurada criatura: concebida en la amistad de Dios, santificada antes de nacer,

desconocia las pasiones que turban el apacible sosiego del alma, y el pecado que corrompe el corazón. Arrastrada hacia el bien por una pendiente suave y natural, gracias á su Concepcion immaculada, nadaba en una atmósfera pura y luminosa, y sus acciones santas y cándidas se parecían á los copos de nieve que caen silenciosamente sobre las elevadas cumbres de las montañas, uniendo la pureza á la pureza, y la blancura á la blancura, hasta haberse formado un cono resplandeciente que reflecta la luz y que obliga al hombre á bajar sus ojos cual si mirara al sol. A ninguna otra criatura le ha sido concedido el poder presentar al Juez soberano de los hombres una vida semejante; solo Jesucristo la ha superado, pero Jesucristo era el Hijo de Dios.

María entró en el templo de Jerusalem como una de esas víctimas sin mancha, que el espíritu del Señor había hecho ver á Malaquías. Bella, joven, noble, y pudiendo optar á todos los partidos en un pueblo que colocaba con frecuencia la belleza sobre el trono (37), se consagró al altar por un voto de virginidad, que balucieron casi al salir de la cuna sus labios infantiles, y que su corazón ratificó despues con una completa renuncia á las pompas y vanidades del siglo. Por este voto, hasta entonces desconocido en los anales del mundo, María *traspasó la barrera* que separaba la ley antigua de la ley nueva, y se sumergió tan profundamente en el mar de las virtudes *avangélicas*, que puede decirse que había sondeado ya casi todas sus honduras, cuando su divino Hijo vino á descubrirlas á los hijos de los hombres.

Dios no muda tan de improviso sus caminos; anuncia y prepara con mucha anticipacion los grandes sucesos que deben cambiar la faz del mundo: un precursor era preciso al Mesías, y le halló en la persona de San Juan Bautista: era necesario un preliminar á la ley nueva, y las virtudes de María fueron al Evangelio lo que una aurora fresca y risueña es á un hermoso día.

San Epifanio, citado por Niceforas, nos ha dejado un encantador retrato de la Virgen; este retrato, trazado en el siglo IV

sobre tradiciones ahora extinguidas, y apoyado en manuscritos que ya no poseemos, es el único que nos ha quedado.

La Virgen, segun este obispo, no era de una elevada estatura, aunque su talla fuese un poco mayor que mediana; su tez ligeramente dorada como el de la Sulamitis por el sol de su patria, tenia el rico matiz de las espigas en sazón: sus cabellos eran rubios, sus ojos vivos, su pupila tirando un poco al color de aceituna, sus cejas perfectamente arqueadas y de un negro el mas hermoso: su nariz, de una perfeccion notable, era aguileña, sus labios rosados; el corte de su semblante hermosamente ovalado: sus manos y dedos eran largos y torneados.

Todos los Padres concuerdan á porfia en la admirable belleza de la Virgen; San Dionisio Arocapagita, cuyo testimonio es del mayor peso, pues que vió á la divina María, nos asegura que *era hermosa hasta á deslumbrar, y que él la hubiera adorado como á una diosa, si no hubiese sabido que no hay mas que un solo Dios.*

Pero no era á esta reunion de perfecciones físicas á la que debía María el poder de su hermosura; emanaba este de un origen mas elevado. San Ambrosio lo ha comprendido perfectamente cuando dice que esa brillante corteza no era mas que un velo trasparente que permitia ver todas sus virtudes, y que su alma, la mas noble y pura que existió jamas despues del alma de Jesucristo, se revelaba toda en su semblante. La belleza física de María no era sino el reflejo lejano de sus bellezas intelectuales y eternas; era la mas hermosa de las mugeres, porque era la mas casta y la mas santa de las hijas de Eva (38).

Dios ha edificado un palacio de nacar á la perla de los mares (39); pero solo es la perla y no su brillante concha la que se engasta con el oro y se incrusta en la diadema de los reyes; los santos padres no se han engañado á este respecto: así, en lo que nos han dicho tocante á la persona de María, han dedicado una gran parte á las bellezas morales, únicas que no son el pasto de gusanos. Nosotros vamos á reunir las pequeñas piedras preciosas que ellos han sembrado en sus escritos, para componer un mosaico que ofrezca un segundo retrato de AQUE-

ELLA que fué, según dice San Sofronio, *el jardín de las delicias del Señor* (40).

La mayor decencia reinaba en todas las acciones de la Virgen; era buena, afable, compasiva, y jamás dejaba de escuchar las interminables quejas de los desgraciados. María hablaba poco, siempre al caso, y jamás la mentira manchó sus labios. Su voz era dulce, penetrante, y sus palabras tenían un no sé qué de unción y consuelo que derramaban la calma en el corazón. Era la primera en las vigilijs, la más exacta en cumplir la ley divina, la más profunda en humildad y la más perfecta en todas las virtudes. Jamás se la vió encolerizada; jamás ofendió, entristeció, ni murmuró de nadie. Era enemiga del fausto, sencilla en sus adornos y costumbres, y jamás pensó en ostentar su belleza, su antigua nobleza, ó los ricos tesoros de su espíritu y de su corazón. Cerca de ella se sentía uno más puro, más fervoroso; porque su presencia dulce parecía santificar cuanto la rodeaba, y su vista alejaba del pensamiento las cosas de la tierra. Su urbanidad no era una vana fórmula compuesta de falsas palabras; era una expansión de benevolencia universal que salía del corazón. Sus miradas revelaban ya á la Madre de las misericordias, la Virgen de quien se ha dicho después: *Ella pediria á Dios hasta la gracia de Lucifer, si Lucifer pudiese pedir gracia.*

Aunque poco favorecida de la fortuna, María era liberal con los pobres, y su limosna de niña caía de continuo desapercibida en la cajita pegada á una de las columnas del peristilo, en donde Jesús vió más tarde deslizarse el óvulo de la viuda. San Ambrosio nos descubre el manantial puro y sagrado de donde María sacaba sus limosnas; privábase de todo y no concedía á su cuerpo, sino aquello que no podía rehusarle sin morir; así es que, parecía alimentarse como las cigarras, del aire y del rocío (41). Sus ayunos frecuentes y rigurosos redundaban también en provecho de los pobres. Esos ayunos de la Santísima Virgen no eran como los ayunos de nosotros, que no duran sino una mañana y se limitan á la privación de algunos alimentos; los de

María consistían en una abstinencia completa de todas las cosas, que empezaba al ocultarse el sol y concluía al día siguiente al levantarse las estrellas (42). Durante este tiempo, María rehúsaba todo lo que podía lisonjear sus gustos y su corazón: se imponía el trabajo más duro, y las obras de misericordia más repugnantes; dormía en el duro suelo, vestíase con sus trages más humildes, y no se concedía, durante esos días de mortificación y de lágrimas, que se prolongaban á veces semanas enteras, sino una ligera comida, compuesta de un pan cocido bajo la ceniza, de legumbres amargas y de algunos tragos de agua de la fuente de Siloé (43). Sus oraciones eran frecuentes, y su manera de orar tan recogida, tan atenta y tan profunda, que su alma parecía extasiarse en adoraciones ante el Eterno. Los bramidos de la tempestad y el estruendo del trueno, que hacían huir á César á esconderse bajo las bóvedas subterráneas de su palacio (44), no llegaban á los oídos de la tierna Virgen: completamente absorta en sus deberes religiosos, su alma se lanzaba á los pies del grande Autor del universo, más allá de los límites del mundo y de la región de las tormentas. “Nadie, dice San Ambrosio, estuvo nunca dotado de un don más sublime de contemplación: su espíritu, acorde siempre con su corazón, no perdía jamás de vista á Aquel á quien amaba con más ardor que todos los serafines: juntos: toda su vida no fué otra cosa que un ejercicio continuo de amor más puro de su Dios, y cuando el sueño venía á cercar sus párpados, su corazón velaba y oraba todavía (45).”

Tales fueron las virtudes, tales las ocupaciones de María en el templo: allí brillaba entre sus jóvenes compañeras, como un rico diamante, que colocado entre otras piedras preciosas las apaga á todas con su brillo. Así es, que los ancianos que habían encanecido en el sacerdocio, no pasaban jamás cerca de ella sin bendecirla, y la consideraban como el más bello ornamento de la santa casa.



## LIBRO VI.

## María huérfana.

ES preciso convenir, aunque sea bien extraño por cierto, en que la historia de la Virgen se encuentra árida en hechos y escasa de noticias: podríase la comparar muy bien á las ruinas magestuosas de una antigua ciudad del desierto. Aquí columnas gigantes, cuya base es incontrastable como la de las montañas; allí pórticos, que la Arabia, en sus cuentos maravillosos, celebra como obra de los genios; mas allá tómplos enterrados en la arena, que la imaginación puede todavía volver á reconstruir; y despues, de distancia en distancia, una arena desnuda y estéril, que no cria una mata de yerba para el camello del he-

duino. En falta de los apóstoles, que ocupados, al parecer, totalmente de la grande imagen de Cristo, pensaron poco en su familia de la tierra, los santos padres nos han dado á conocer las virtudes de Santa Ana: nosotros hemos entrado con ellos bajo su humilde techo, hemos sido testigos de sus votos, de sus fervorosas oraciones, de los gozos de su tardía maternidad, de los desahogos de su gratitud; pero aquí el hilo de la tradicion es tan delgado, que se rompe sin cesar, y el resto de la vida de Santa Ana, es casi enteramente conjetural. Esta madre, que habia obtenido su bienaventurada hija despues de tantos ayunos y lágrimas, que habia rodeado su infancia con tanto cariño, y que la habia llevado en sus brazos al Señor (1), y entregado, llorando, en su santuario, vuelve un solo instante á aparecer en la escena, y es sólo para morir. Sin embargo, no es creíble que la esposa de Joaquin permaneciese nueve años sin ver á su hija. Los edificios exteriores del templo en que se educaban las niñas consagradas al Dios de Israel, no podian estar cerrados para las madres; una madre tiene igualmente derechos sagrados y religiosos; todas las naciones los declaran imprescriptibles, y por otra parte la Escritura nos enseña que Ana, muger de Elcana, visitaba libremente en Silo á su hijo, en los días solemnes, y que no olvidaba jamas el llevar una túnica hilada por sus manos, al jóven profeta, que ella habia prestado al Señor. Ana habia tenido despues del nacimiento de Samuel, muchos hijos que veia crecer á su vista, cual tiernos olivos, y que partian con el servidor del templo su solicitud maternal: Santa Ana no tenia mas que á María (2); la suma de su felicidad, la esperanza de su vejez y la fuente de su alegría sobre la tierra, dependia de ella. No puede, pues, dudarse que en compañía de su esposo, iba á verla cada vez que su piedad la llamaba al templo, y que velaba tambien á la luz de la lámpara doméstica, ó á los blancos resplandores de la luna (3), para hilar las virginales ropas de su Hija.

Creese que Santa Ana y San Joaquin volvieron á sus hogares despues de la presentacion de Maria, y que alli vivieron to-

davía algunos años antes de establecerse definitivamente en Jerusalem. Joaquin, que no era un artesano como José, cultivaba, segun todas las probabilidades, la pequeña heredad de sus abuelos, y disfrutaba de aquella mediocridad feliz que han ambicionado siempre los sábios, los grandes y los poetas en sus ratos de mal humor contra la fortuna (4). Se han edificado iglesias en Séforis, Nazareth y Jerusalem, en los lugares que hacian parte de su patrimonio; pero el viñedo ó los campos de sus padres debian estar en las cercanias de Séforis: he aquí lo que les hizo volver á la baja Galilea. Joaquin era un verdadero israelita, muy adicto á la ley de Moises: iba al templo en todas las fiestas solemnes con su esposa y una parte de su parentela, segun la costumbre de los hebreos; y es de suponer, que el deseo de ver á su hija, aumentase mas su aficion á las ceremonias del culto. ¡Con qué alegría su buena y piadosa compañera tomara su velo de viago para ir á la ciudad santa! ¡Cuán largos le parecerian esos senderos que veia serpentear á lo lejos al través de las montañas y de las llanuras! Los acercaria con su vista, y veinte veces saludaria con el pensamiento, antes de llegar á ellos en realidad, los bosques de nopales, las florestas de laureles-rosas y de adelfas, los grupos de encinas ó de sicómoros, que se divisaban de distancia en distancia en su camino; porque salvado cada uno de esos puntos, se encontraba mas cerca de su hija, de su hija, don del Señor, la niña del milagro, aquella que un ángel habia proclamado la gloria de Israel! ¡Con qué dulce emocion debia ella saludar desde el fondo del valle, esa torre Antonia, que se elevaba espléndida y amenazadora sobre su base de pulido mármol (5), para proteger la casa de la oracion; y cuánto no debia conmover á esa alma tierna y santa la vista del templo que encerraba á su Dios y á su hija!

Al caer de la tarde, y cuando las trompetas sacerdotales llamaban al pueblo á la ceremonia (6), Ana se apresuraba á venir á él para adorar á Dios y echar una mirada sobre su hija, que muchos meses hacia no habia visto. El atrio, que no tenia otra bóveda que el cielo, mezclaba las deslumbradoras luces de sus

candelabros (7), al vacilante resplandor de las estrellas: millares de luces se cruzaban bajo los pórticos, adornados con frescas guirnaldas (8), y los príncipes de los sacerdotes atravesaban la muchedumbre con sus ricos ornamentos, traídos desde las orillas de la India por las caravanas de Palmira (9). De vez en cuando, las consonancias aisladas de las arpas parecían acompañar el murmullo, semejante al ruido de las olas (10), que hacía al tiempo de orar, la multitud de hebreos venidos de las riberas del Nilo, del Eufrates y del Tiber, para doblar la rodilla ante el altar único del Dios de sus padres (11). En medio de este concurso inmenso de creyentes nacionales y extranjeros, Ana, que rogaba con fervor, no levantaba la cabeza sino un instante (12); era cuando María y sus jóvenes compañeras pasaban vestidas de blanco y cubiertas con sus velos, con lámparas en las manos, á la manera de las vírgenes prudentes del Evangelio.

Terminada la fiesta, Ana, después de haber bendecido y abrazado á María, volvía á emprender con Joaquín el camino de las montañas: alejábase de Jerusalén á paso lento, sin atreverse á volver la cabeza, y llevábase recuerdos de felicidad por todo el espacio de tiempo que iba á discurrir hasta la fiesta inmediata.

Cuando la edad y los trabajos hubieron gastado las fuerzas de Joaquín, y ya no le fué posible cultivar por sí mismo el campo de sus padres, pensó en vivir cerca de su hija: los dos esposos dejaron para siempre la baja Galilea, y vinieron á habitar en Jerusalén, en un barrio inmediato al templo. Ana llegó entonces al colmo de sus deseos, porque podía servir al Señor en su santa casa, y ver con frecuencia á María. ¿Cuántas veces, durante las hermosas noches del verano, al dar vueltas á su huso en la azotea de su habitación, no debió dejarlo escapar de sus dedos inmóviles, mientras que sus miradas de madre se fijaban intensivamente sobre el techo de oro y cedro del templo! *En donde el hombre tiene su tesoro*, dice la Escritura, *allí está su corazón*.

Santa Ana hubiera podido abreviar el término de esta separación penosa, porque la ley de Moisés permitía compensacio-

nes. Sin embargo, no lo quiso; su reconocimiento á Dios hablaba todavía mas alto que su ternura maternal; y cuando la voz de la religión se hacía oír, callaba el grito de la naturaleza.

Cerca de nueve años hacia que la Virgen vivía encerrada en el templo (13), cuando la primera nube sombría vino á ofuscar el cielo dulce y sereno de su tierna vida: su padre muy amado, Joaquín el justo, cayó gravemente enfermo, y bien presto se manifestaron los síntomas de una muerte cercana. Alarmados por su estado, corrieron á socorrerle sus parientes y amigos, y diéronle mil testimonios de afección y simpatía, porque reinaba una grande y loable union entre las familias de Judea. El moribundo se sonrió benignamente á sus amigos y parientes: como Jacob, había sido largo tiempo viajador sobre la tierra, y poco le importaba que el viento de la muerte viniese á derribar su tienda, porque mas allá de este planeta de barro, veía en espíritu las regiones dichosas en que iba á descansar para siempre en el seno de Abraham.

Cuando el aniquilamiento progresivo de sus fuerzas dió á conocer al santo anciano que su fin se acercaba, hizo en alta voz y á presencia de todos, la confesion de sus pecados, á la manera de los Hebreos (14), y ofreció su muerte al soberano Juez, en expiacion de las faltas inherentes á nuestra naturaleza, de que no se halla exento el mas justo. Cumplido este deber, Joaquín mandó llamar á su hija para bendecirla. Presentóse María (15); sus fervorosas súplicas por la conservacion del autor de sus dias, no habian sido oídas: *el Dios celoso* quería desatar poco á poco los lazos terrestres de la esposa que había escogido para sí, á fin de que no tuviese sobre la tierra mas apoyo que el suyo.

Piadosos autores han creído que en el momento en que Joaquín extendió sus manos desfallecidas para bendecir á su hija, una revelacion de lo alto le hizo ver de repente los gloriosos destinos que el cielo reservaba á María: el júbilo de los escogidos se derramó por su rostro venerable, dejó caer los brazos, inclinó la cabeza y murió.

La casa entonces resonó con gemidos y gritos agudos: las mugeres se golpearon el seno y se arrancaron los cabellos (16); los hombres se cubrieron la cabeza con ceniza, y desgarraron sus vestiduras, mientras que algunas matronas judías, movidas por un principio de devoción y de caridad, extendieron un espeso velo sobre el rostro pálido del hombre justo, á quien ya no era permitido ver sobre la tierra, al mismo tiempo que cerraban el dedo pulgar sobre su mano, en señal de que abandonaba todas las cosas de la tierra.

Después de haber lavado el cadáver con una agua mezclada de mirra y de rosas secas, lo envolvieron en un lienzo de lino, que aquellas piadosas mugeres ataban con cintillos, segun era costumbre en el Egipto. Abriéronse en seguida las puertas y las ventanas de la casa (17), y encendiéndose al lado del cadáver una lámpara de bronce con varios mecheros, lámpara de difuntos, que arrojaba sus lúgubres resplandores sobre el lecho de muerte.

Al día siguiente, un numeroso cortejo, en que se hacían notar algunos tañedores de flauta (18), se detuvo delante de la casa mortuoria. Los parientes penetraron en el salon alto, en que Joaquín había sido expuesto segun la costumbre, y colocaron el cadáver en un ataúd (19), que cargaron sobre sus hombros. Atravesaron así las calles de Jerusalem, salmodiando cánticos fúnebres que se mezclaban al sonido dulce y patético de las flautas, y á los lamentos ruidosos de las mugeres que lloraban á los muertos. Ana y María se hallaban presentes á los funerales, y caminaban con la cabeza inclinada en medio de las matronas de su familia, que derramaban abundantes lágrimas (20).

El acompañamiento pasó la puerta de los ganados, que llevó después entre los cristianos el nombre de puerta de la Virgen. Llegado al lugar de la sepultura, cesaron por algun tiempo el sonido de la flauta, los cánticos y los lloros; y el que hacía de cabeza del duelo, dirigió al cadáver esta alocucion: "Bendito sea "Dios que te alimentó, sostuvo, y que te ha quitado la vida. ¡Oh muertos, El sabe á qué número pertenecéis, y El os resu-

"citará algun día! ¡Bendito sea aquel que quita la vida y la "da! (21)"

Púsose un pequeño saco de tierra sobre la cabeza del difunto, y se abrió en seguida una gruta sombría, llamada *la casa de los vivos* (22), en la cual el Patriarca iba á dormir su último sueño, aguardando á los demas miembros de su familia. Entonces eleváronse de todas partes unos gritos que traspasaban el corazon. Ana se arrojó sobre los restos mortales de su esposo, para darle sus últimos adioses, y fué preciso sacarla de allí desfallecida. Después de haber entregado á la tierra los santos despojos del hombre justo, se colocó en la entrada de la caverna sepulcral una piedra enorme, que nadie podía quitar *bajo pena de excomunion*. Volvieron entonces á comenzar los gritos fúnebres, y los espectadores, arrancando por tres diferentes veces un manojo de yerba, y arrojándolo á sus espaldas, exclamaron en tono lúgubre: *ellos florecerán como la yerba de los campos!* Estos ritos terminaron las exequias del descendiente de los reyes de Judá, del padre de María, del abuelo de Jesucristo, segun la carne (23).

Esta primera pena, que era el preludio de tantas otras, despedazó el corazon de la Santa Virgen. El infortunio le tendió la mano en el umbral de la adolescencia, y la noble Niña no retrocedió en su camino: lloró, porque su alma, como la de su divino Hijo, nunca fué ni seca ni insensible; pero agotó el cáliz de amargura, diciendo á Dios: "¡Oh Jehová, hágase vuestra "voluntad!" La madre y la hija tomaron luto, segun la costumbre de los hebreos, vistiéndose de un camelote ordinario, estrecho y sin pliegues, que se llamaba cilicio; con la cabeza y piés desnudos, el rostro oculto con las faldas de sus vestidos, y observando ayuno y abstinencia (24), permanecieron sentadas en el suelo durante siete dias, llorando con sus parientes, y rogando por el alma del difunto (25). Cumplidos los siete dias, Ana mandó encender lámparas en la sinagoga, donde pidió oraciones para su esposo, dando, ademas, limosnas proporcionadas á su fortuna. Por su parte María ayunó todas las semanas

el día en que había quedado huérfana, y oró mañana y tarde por el reposo del alma de su padre. Estos ayunos y oraciones duraron once meses consecutivos (26).

“Sed bienvenida, desgracia, si vienes sola, decían los griegos.” Este primer infortunio fué seguido de otro mas acerbo y grande aún; otro luto vino á confundirse bien pronto con el luto de Joaquín. Apenas la lámpara mortuoria se había apagado en la triste morada de Santa Ana, cuando fué preciso encenderla nuevamente; apenas se habían secado las últimas lágrimas que la Virgen había derramado por uno de los autores de su vida, cuando tuvo que deplorar la pérdida del otro (27). Una noche, María, acompañada de una de sus parientas, bajó desde el templo á la calle estrecha y oscura en que vivía su madre. Los rojos y débiles rayos de una lámpara, alumbraban las ventanas estrechas y enrejadas de la pobre casa. En el dintel de la puerta, se agrupaban en silencio esas planíderas mugeres, que aun hoy día ganan la vida en todo el Oriente llorando á los muertos; semejantes á las aves de mal agüero, que solo se presentan en los funerales, así estas siniestras criaturas aguardaban que una familia sumida en la tristeza mas profunda, viniese á comprarles sus lágrimas (28).

Santa Ana recogió sus fuerzas desfallecidas para bendecir á su hija, recomendándola patéticamente á sus parientes; pero sobre todo á AQUEL que es el Padre del huérfano, y se durmió en el seno de los justos (29). María, anegada en lágrimas, se inclinó sobre el rostro helado de su madre; mezcláronse sus rubios cabellos con los blancos de la difunta: hubiérase dicho que quería revivirla con sus lágrimas; pero solo el soplo de Dios puede reanimar á los muertos! Despues del primer desahogo de un dolor tan legítimo, María cerró con sus manos los párpados de la Santa, y le dió un largo y triste beso, el adios supremo de su pueblo (30).

El dolor de la jóven huérfana, fué silencioso, profundo, y noblemente soportado. No quedándole sobre la tierra otro apoyo que la Providencia, refugióse en el seno de Dios, y desde

allí, cual desde el fondo de una bahía tranquila, escuchó el estruendo lejano de las tormentas del mundo, y comprendió toda la vanidad de las cosas de la vida: la vanidad del rango, de las grandezas, de la fortuna y de la hermosura, cosas que brillan y pasan como los globulillos de agua en el curso de un torrente de invierno, y que desaparecen al concluir la estación.

En esta época de duelo, de aislamiento y de meditaciones solitarias, supone juiciosamente un historiador, que hizo María el voto de virginidad perpetua (31); y efectivamente, en ninguna parte se encuentra que este voto hubiese sido conocido de Ana y de Joaquín, sin cuyo consentimiento no era válido ni ante la ley civil, ni ante la ley religiosa (32). Entonces fué seguramente despues de la muerte de sus padres, cuando María eligió al Señor por su esposo, y se consagró á su servicio sin limitacion de tiempo, dice Bernardino de Busto, con intencion de no salir jamas del santo templo. Como el agusto gefe de su linage, la Virgen conoció que *un dia pasado en los tabernáculos del Dios de Israel, valia mas que otros mil fuera*, y ella tambien hubiera preferido mejor ser la última en el lugar santo, que la primera bajo las tiendas de Cedar.